

chanzas, tantos lazos, tantos peligros, y en el que ni aun siquiera es comprendida? ¡Ah! si tal como es, se mostrase á nuestros ojos, su hermosura nos arrebatara, pero, como las mugeres del Oriente, marcha cubierta de su modestia como de un largo velo, sin que puedan contemplar su rostro las miradas humanas.

Si los vicios debiesen quedar siempre triunfantes, si la perversidad y la corrupcion debiesen contar con la impunidad, y combatir ventajosamente á la virtud, destruido quedaria el conjunto maravilloso de la creacion; y al paso que las leyes mas sabias y admirables, y la más sublime armonía regirían el mundo material, el mundo moral seria víctima de una horrible anarquía y nos presentaria el espectáculo desordenado y completamente ageno del Criador.

Mas no es así, todo nos persuade que esta tierra es un lugar de tránsito y de destierro, y que nuestras almas, purificadas por el dolor y el arrepentimiento, deben volar al cielo y habitar esas magníficas regiones, cuyo esplendor nos deslumbra al través de la eternidad que de ellas nos separa; pensamiento que debe hacernos desear ver multiplicarse los abrojos y espinas del camino que debe conducirnos á esta divina Jerusalem.

CAPITULO XVIII.

De las virtudes cristianas.

Un corazon sensible, un natural dichoso dan la cualidad preciosa que conocemos bajo el nombre de *bondad*, pero solo la razon y la reflexion pueden producir la *virtud*. Para ser bueno no se necesitan trabajos, ni discernimiento, ni luces; un niño de diez años puede tener tanta como un hombre de cuarenta, mientras que al contrario, la virtud no se adquiere, sino á fuerza de privaciones y sacrificios. La virtud se adquiere, la bondad es un don de la naturaleza. Así con mucha bondad un hombre puede divagar y cometer faltas; el hombre bueno es interesante, el hombre virtuoso es estimable, pues para ser virtuoso se necesita luchar y combatir sus inclinaciones, y triunfar de sí mismo, ¿cuales son las causas que determinan á los impíos á seguir la virtud? El temor del mal concepto, el deseo de ser honrado, el amor de la gloria, estos sentimientos producirán acciones brillantes, hazañas que deslumbrarán, pero jamas comunicarán aquella delicadeza, aquella pureza del alma, que solo pertenecen al hombre religioso. Las pasiones humanas se debilitan con la edad, el tiempo las embota y las destruye: ¡Cuan frágiles son las virtudes, si tal merecen llamarse, las que proceden de las pasiones! Semejantes á las flores del campo que una tempe-

tad marchita ó desarraiga, un obstáculo ligero, un revés, una enfermedad bastan para destruirlas completamente. Mas la decadencia del cuerpo, la pérdida de la juventud, no son capaces de debilitar la impresion de estas sublimes palabras : *Dios me lo ha dado, Dios me lo ha quitado, que su santo nombre sea bendito*. Observemos que no hay virtudes que la religion no vuelva mas perfectas, y que muchas, ó por mejor decir todas vienen de la religion. Por ejemplo, *la pureza de alma*. No se podrá citar ningun ateo que, habiendo nacido con pasiones violentas, no tenga las costumbres mas ó menos depravadas ó acaso hay alguno que sepa en sus escritos, discursos y acciones respetar la decencia? Cómo puede suponerse que una persona enteramente desprovista de religion, hiciese un estudio serio de velar sobre sus inclinaciones y pensamientos, y rechazar con cuidado continuo, todo lo que pueda herir á la castidad. Los pensamientos solitarios, los delirios de la imaginacion, de cualquier género que sean, no causan escándalo alguno, ni atacan directamente al cuerpo social, y por consiguiente este es el caso, segun los impíos, en que la *libertad de pensar* no tiene el menor inconveniente para los demas, y en que seria extravagante y ridículo limitarla, y mayormente cuando no se cree en la inmortalidad del alma, ni en la existencia de Dios, ni aun siquiera en el falaz, impío y ridículo sistema del deísmo; pues si este supone que Dios no se ocupa absolutamente de nuestras malas acciones, mucho menos debe suponer que se ocupe de nuestros pensamientos, y lo que pasa en nosotros interiormente.

Luego un solo cristiano verdadero puede poseer la pureza del alma, y por consiguiente él solo puede ser virtuoso; él solo halla tanto interés en pensar bien, como en obrar bien; en practicar el bien secretamente, como en hacer las acciones mas brillantes; en reprimir las divagaciones de su imaginacion; en arreglar los movimientos de su corazon; en conservar una reputacion completamente exenta de tachas. Las demas virtudes, si es que fuera de la religion puede haber virtudes, reciben de esta un nuevo realce; ¿qué viene á ser lo que llaman humanidad sin religion? un sentimiento natural, es cierto, pero que raras veces se manifiesta. Para escitarlo, es preciso el espectáculo vivo y patético de las desgracias de nuestros semejantes: En este caso ¿qué corazon es capaz de no enternecerse? El hombre religioso, aunque sea insensible, socorrerá á los desgraciados que le implorarán; y el verdaderamente Cristiano no se contenta con socorrer á los desgraciados que encuentra, sino que va á buscar á los que no osan presentarse. La beneficencia mundana jamas es un sentimiento habitual, y mucho menos una inclinacion dominante, los sacrificios que cuesta son momentáneos, no impone privaciones extraordinarias, las acciones que produce son casi siempre de ostentacion, y no acciones sorprendentes y sublimes, en fin rara vez la escitan los objetos presentes y patéticos, y casi siempre el orgullo y el deseo de distinguirse. La caridad cristiana igualmente animosa, activa y tierna, se ocupa sin cesar del cuidado de aliviar la humanidad sufriente; ella es lo que descubre esas oscuras guardillas, habita-

das por madres desconsoladas, ó huérfanos sin apoyo; ella es la que prescinde de todo, y no hesita en esponerse al contagio, fatiga, etc.; ella es lo que conduce en aquellos asilos respetables, en los que á cada paso se encuentra el opresivo espectáculo del dolor ó de la muerte; ella es la que penetra en el fondo de los calabozos y mazmorras, la que rescata cautivos, ó alivia su suerte con socorros temporales y exhortaciones evangélicas; ella es la que consuela y socorre al inocente oprimido, como tambien al culpable; todo lo que sufre y llora tiene derecho á sus auxilios. Y sacrificándolo todo, placeres, comodidades, vida, fortuna, libertad, salud, y entregándose sin reserva al auxilio de los desgraciados, no aspira á la gloria ni á la estimacion de los hombres; y aun no se contenta con no aspirar á sus alabanzas, sino que piensa que por ningun título las merecen sus acciones, y que no hace mas que cumplir con sus deberes. Los hombres mundanos ensalzan mucho la beneficencia, y apenas hablan de la caridad cristiana; la razon es porque esta última se oculta, y jamas se queja de la ingratitud de los hombres. El verdadero cristiano considera las riquezas como un depósito que le ha confiado la Providencia para aliviar á los desgraciados. El filósofo dice al desventurado: *Os doy, por vos me sacrifico*; el cristiano dice: *Os vuelvo, cumplo con la obligacion que me ha sido impuesta*. Ministro fiel de la Divinidad, solo busca que vaya á Dios el reconocimiento del socorrido, y siempre dichoso bienhechor, goza del dulce placer de socorrer á sus semejantes, sin poder experimentar jamas la vana agitacion causada

por la ingratitud de los que favorece. La humildad cristiana recela y nos impide conocer la mayor parte de las acciones heróicas que la religion ha inspirado; pero la inmensa multitud de aquellas que no ha podido ocultar nos prueban que la razon y la filosofía sin el socorro de la fe, jamas se elevarán á la perfeccion. No, jamas la sola humanidad inducirá al hombre mas sensible á dar todos sus bienes para redimir cautivos, y acabar por sacrificar el mas precioso de todos, la libertad, afin de volver un hijo único á su madre ¹. La religion puede sola dar á San Francisco de Sales el extraordinario desinterés, la ardiente caridad y el infatigable valor que le sostuvo durante tanto tiempo en medio de los precipicios y montañas de la Saboya. La filosofía jamas ha preservado á los príncipes y soberanos de la crueldad y ambicion, y cuando la religion los santifica es á causa de la felicidad que de ellos han recibido los pueblos y humanidad. ¿Qué ejemplos de virtud podrán anteponerse á los que nos presentan las numerosas y santas acciones de los papas San Leon y San Gregorio, y los reinados de San Luis y San Fernando, etc.? ¿Quien podrá leer sin admiracion la cristiana vida de Santa Isabel de Hungria, y de las dos santas princesas Juana de Borgoña, reina de Francia, y la duquesa de Normandia su nuera, que durante un contagio horrible, prodigando socorros á los desgraciados padecieron y murieron en medio de ellos del mismo mal de que procuraban librar-

¹ San Paulino, obispo de Noli.

los? Los heroes que mueren en los combates acaso son mas sublimes y generosos que estas dos victimas de la humanidad? La historia abunda en una multitud de ejemplos semejantes; desde el establecimiento del cristianismo innumerables son los ejemplos que de esta naturaleza nos ofrece cada siglo. Nosotros estamos viendo cada dia, mil y mil circunstancias que deben hacernos amar y respetar la religion, á cuya sublimidad y nobleza nos hace en cierto modo insensibles la costumbre de haberlas visto desde la infancia; pero que nos arrebatarian si no siendo cristianos, de repente las viésemos viniendo de paises infieles. En vano buscaríamos en la antigüedad y en los paises no cristianos, esas corporaciones, esas hermandades esparcidas en todas nuestras ciudades, compuestas de personas de ambos sexos y de todas edades, que consagran sus estudios, su libertad y su vida á los trabajos mas penosos; si los sofistas y escritores irreligiosos hallasen tales asociaciones en la antigüedad ¡qué elogios no prodigarian á esta beneficencia sobrenatural! ¡Cual seria su sorpresa al ver un sexo tímido y delicado, superando obstáculos é impedimentos, al parecer invencibles, soportar la vista de objetos que abruma y trastornan los sentidos, abandonar los placeres y todos los atractivos mundanos, para pasar su vida contemplando la humanidad en su estado mas mísero, curando las enfermedades mas purulentas y asquerosas con sus delicadas manos, y, excepto el tiempo indispensable para tomar un frugal alimento y reparar las fuerzas mediante un escaso sueño, pasar la juventud y la vida en medio de en-

fermos y moribundos, destruyendo su salud y acortando su vida por el trabajo infatigable y pestilenciales miasmas de los hospitales! La descripcion solamente del espectáculo que las rodea paralizaria la risa, y haria estremecer al mundano mas insensible. ¡Y qué contento, qué energía, qué celo emplean para consolar y aliviar al desventurado! Para esto todo lo sacrifican; vida, salud, posicion, hermosura, porvenir, riquezas, familia, juventud, afecciones, placeres, comodidades. Nada iguala su valor, su dulzura, su paciencia. Errantes, activas, infatigables, no tienen habitacion fija, van por donde las llama la humanidad, donde el dolor y la enfermedad imploran su socorro, en los hospitales, en los cuarteles, en las cárceles, en las cabañas; amantes de la pobreza, desprecian las riquezas; mas al rico doliente dan socorros desinteresados y puros, rehusando y no reconociendo ningun título de gratitud, rehusando toda clase de paga. ¿Y qué dirian los filósofos de esas casas de espósitos de niños huérfanos que la caridad adopta é instruye? ¿Qué dirian de esos celosos y santos misioneros que entre mil fatigas y trabajos, que solo puede soportar la caridad cristiana, van á buscar la muerte y los mas vivos tormentos guiados por el celo evangélico, por el amor de Dios y de su criatura? ¿Qué dirian de esos ignorados y venerables Párrocos de aldeas, cuyo officio es reconciliar las familias, impedir la opresion del rico, socorrer al indigente, curar y aliviar al enfermo, administrar los sacramentos, sembrar la palabra divina, y en una palabra ser la mas sublime personificacion de la Providencia? ¿Qué dirian de

esas comunidades religiosas que no contentas con practicar la ley, practican los consejos de la perfeccion del Evangelio, pobreza, castidad y obediencia voluntaria, que viven en el dolor y la penitencia, en el ayuno, como hostias ó víctimas espiatorias para aplacar la Divinidad y suspender el castigo del cielo; cuyas estáticas y fervientes oraciones imploran al Señor por el bien de la humanidad? Tal es la caridad cristiana, y lo mismo sucede con las demas virtudes; la religion puede únicamente purificarlas y sublimarlas, ó por mejor decir de ella sola derivan; ella sola las hace verdaderas y sólidas; ella sola les da vida y alma. Tal es entre otras la sublime virtud de la resignacion á la Providencia. No tiene nada de extraño que tantos filósofos antiguos y modernos hayan hecho el elogio del suicidio, como ni tampoco que este crimen abominable se haya esparcido de tal modo en Francia á causa de la irreligion del siglo pasado. ¿Qué medios hay, fuera de la religion, de probar al incrédulo que debe conservar una existencia que detesta? Si ha perdido todos los objetos que le hacian amar la vida, si las injusticias y opresion han destruido en su corazon la ambicion y el deseo de servir su patria y de ser útil á los hombres; ¿qué razones podrán emplearse que le impidan librarse de una carga insoportable? ¿Que le hará resignarse si atribuye todos sus males á la fatalidad, cuando no reconoce Providencia, ni autoridad soberana y suprema? ¿Por qué me he de someter á mi suerte, dice el impío, cuando puedo librarme de ella, y terminar mis tormentos? ¿Dicen que es un crimen, pero qué importa si debe quedar impu-

ne? ¿Qué medios hay, fuera de la religion, de combatir tales argumentos? Si se conviene en que un castigo infinito y eterno debe seguir á este crimen, vanos é inútiles serán cuantos esfuerzos se hagan para apartarlo de él. Sin la religion los suicidios se multiplicarian, los crímenes serian innumerables, y la tierra seria un infierno. La religion es sobre todo sublime cuando se dirige al desgraciado; lejos de prohibir los sentimientos legítimos, los aprueba y santifica. « Guárdate, dice al hombre, de murmurar contra los decretos sagrados que tu razon no puede comprender. Derrama lágrimas, pero lleva al pié de los altares un dolor humilde y resignado, y aquel que ademas de todo poderoso es infinitamente misericordioso, será tu apoyo y tu consolador; las lágrimas que derramarás en su seno no serán infructuosas; los hombres no te ofrecerán mas que una compasion esteril y pasajera, y si tu dolor es duradero, acabarán por considerarlo con indiferencia; mas Dios que es amigo tierno y Padre misericordioso templará tu dolor, te dará fuerzas para soportarlo, y ademas hará servir para tu purificacion en este mundo y futura dicha en el otro, estas pocas horas amargas. »

Así en las penas que desgarran al alma, la resignacion solo es posible y razonable cuando viene de la religion; y de esta verdad y de las demas espuestas se infiere que solo el cristiano puede ser verdaderamente y constantemente justo, puro, bienhechor, virtuoso, resignado; enfin que solo él puede ofrecer el modelo de una virtud sólida, y tanto mas perfecta, cuanto que lejos de buscar la aprobacion

humana, la teme, y solo obra por amor de Dios y del prójimo.

CAPITULO XIX.

De la fraternidad cristiana.

Desde lo alto de este dogma que toca al cielo, el mundo entero se estiende, playa inmensa, océano de olas humanas que asolaron tantas tempestades, y que pueden aun asolarlo, llámense estas tempestades, guerras ó revoluciones, en un siglo en que la sociedad, en todos los países está tan desquiciada, tan carcomida, en que el materialismo y la impiedad se han estendido como una gangrena fétida, en que la falta de creencias, de esperanza y de amor han paralizado las masas y llenado de escamas los ojos y el corazón del hombre, en que el inmundo aliento del infierno envuelve á la humanidad, empozoña su vida, y como una espesa niebla le impide ver el cielo. ¿No es esta la hora, no es este el momento, en presencia de tantas naciones interiormente despedazadas, ó cerca de serlo por la política humana, por ambiciones humanas, no es este el momento de recordar eficazmente este dogma cristiano que es el mayor pensamiento de civilización que ha sido jamás emitido sobre la tierra «¡Sed hermanos, amaos los unos á los otros!»

La iglesia de Jesucristo nunca puede perecer; después de haber militado en la tierra es coronada

en el cielo, triunfante, victoriosa, gloriosa y eterna. Las persecuciones la purifican como al oro el crisol, y después de ellas la Iglesia triunfa, se estiende y purifica. Después de cada una de las terribles persecuciones del imperio romano, capaces de desquiciar y destruir las mas vigorosas monarquías, la Iglesia se estiende mas floreciente y triunfante, y la sangre abundante de los mártires fué como una lluvia celestial que hacia fructificar la palabra divina; durante la última y la mas terrible, bajo Diocleciano y Galerio, todas las fuerzas del imperio romano, todo el furor del infierno se coligaron contra la obra del Espíritu Santo; mas entonces mas que nunca quedó la Iglesia triunfante y resplandeciente; el Lábaro se muestra, Constantino se anuncia como cristiano, el cristianismo es la religion del imperio, la palabra de Jesucristo se esparce radiante por todas partes, los bárbaros del norte la abrazan, y mas adelante esta divina luz penetra juntamente con la civilización y progreso en el seno de un nuevo hemisferio. De la misma manera, cuando una turba de sofistas y filósofos necios, queriendo adular una sociedad vana y corrompida se desencadenaron contra el cristianismo, cuando para hallar sancion á sus vicios, y satisfacer una necia vanidad y el príncipio de la moda, el siglo pasado afectaba esa impiedad sistemática; cuando sucediendo la acción á la palabra estalló la terrible revolucion francesa, los hombres de poca fe dudaron y los impíos creyeron destruida la ley de Jesucristo; mas la Iglesia siempre pura, siempre eterna, se preparaba á recoger nuevos triunfos, nuevas palmas, después de esta